



Caspar David Friedrich, *El caminante sobre el mar de niebla*, 1818

EDITORIAL

EL DESAFÍO FILOSÓFICO DE LA DIMENSIÓN ESTÉTICA

DESDE su nacimiento como disciplina filosófica, con la *Aesthetica* de Alexander Baumgarten a mitad del siglo XVIII, la Estética ha sido centro y fuente de no pocas discusiones y polémicas, que también han aportado una importante renovación de la reflexión filosófica en la modernidad. Su misma denominación resultó y aún resulta polémica, pues, con el término «estético» se apela a lo sensible, y parece que los fenómenos que la Estética quiere abarcar: el arte, la belleza y otros conceptos vinculados a ellos, de un lado no sólo tendrían por qué ceñirse a la esfera sensible, y de otro, obviamente lo sensible es a su vez no sólo «estético» en el sentido que lo entendemos desde la denominación de Baumgarten. A pesar de este ya inicial equívoco, la denominación persiste, y habrá que preguntar por qué. Acaso, porque con esta nueva disciplina se señaló un conjunto de cuestiones y temas, que, sin ser nuevos en la historia de la filosofía, reclamaban una esfera propia, y acaso una revisión de eso que llamamos experiencia y sensibilidad, por mucho que la acotación sensible de la Estética no deje de tener detractores. El lector encontrará en el primer artículo de este número un estudio de diversas posturas sobre el concepto de Estética, el problema de su denominación y demarcación en algunos autores clave, desde el citado Baumgarten y Kant hasta Hegel, Heidegger y Adorno, planteando la cuestión del concepto estricto de la Estética como disciplina filosófica y la importante crítica que ha recibido hasta el presente.

La Estética vino a nacer en el siglo de la Ilustración como preocupación filosófica en un momento en donde la metafísica expulsaba la categoría de la belleza como una señal ontológica fiable del mundo, y en una época en donde el artista comenzaba a despojarse de sus funciones más explícitas en el ámbito religioso y político; un momento pues de crisis y cambio de eso que ahora llamamos el mundo del arte y del gusto. En realidad, más allá de ese sin duda memorable nacimiento dentro de

la escuela racionalista alemana, hubo un interés paralelo por el tema del gusto y del arte en los ilustrados franceses e ingleses, y se puede decir que aquel siglo, entre otras cosas, también fue el siglo del gusto y de los sentimientos como nuevos temas de la filosofía. No obstante, los temas que de otro lado esta nueva disciplina quería abordar podrían ser vistos no ya como clásicos, sino enraizados en el mismo origen de la filosofía, que destiló su modo de discurso frente al decir mítico y las imágenes de los poetas, y que no obstante, ya desde Platón, hizo de lo bello un tema fundamental de la reflexión. Lo que sí resultó nuevo es que se fuera necesitando acotar en un ámbito y en una dimensión de la condición humana esos fenómenos y conceptos relacionados con la belleza, el arte, la mimesis o la creatividad (*poiesis*). Si desde el Renacimiento se iban abriendo paso una serie de artes y oficios como las que serían *las bellas artes*, junto a la poesía y la música, con la nueva disciplina filosófica adquirirían éstas la posibilidad de un estatuto como tema filosófico.

Las circunstancias paradójicas del nacimiento y desarrollo de la Estética filosófica, y aun cierta duda respecto a su carácter fundamental, junto o frente a los problemas clásicos de la filosofía metafísica y la moral, no arrojarán sin embargo una debilidad o vacuidad de lo estético en el seno de la historia de la filosofía, más bien al contrario, como bien muestra ese fundador involuntario de la Estética que fue Kant en su tercera *Crítica*. Desde entonces, el pensamiento acerca de lo estético no ha dejado de brindar desafíos y un campo plagado de nuevos y sugerentes horizontes para el filosofar: en relación con las cuestiones más gnoseológicas (si hay o no conocimiento en la percepción estética, la relación del arte con la verdad y el sentido); hasta las más prácticas (qué función cumple el arte y la dimensión estética en nuestra vida y en la historia).

Desde las últimas décadas del pasado siglo se ha venido hablando de la *actualidad de lo estético*, en expresión de Wolfgang Iser, dado que muchos pensadores contemporáneos toman esta parte de la filosofía como un punto de partida, un campo de trabajo o un punto de llegada, igual que ha podido ser la reflexión sobre el lenguaje, la ciencia o la religión. El *homo aestheticus* no representa sin más un modo especialísimo de comportamiento sólo interesante para el aficionado al arte, sino que descubre una dimensión de lo humano radical y sin duda capaz de iluminar o poner en cuestión otras de nuestras formas de existencia. En su aparente engaño y superficialidad; el hombre que imagina, crea o fabula, se sitúa en un plano de sabiduría que, como bien supo ver Schiller, nos lleva a liberarnos tanto de la posible tiranía del concepto como del subyugante marco de los hechos.

El segundo de los artículos aborda un aspecto original y de gran actualidad en la figura del insigne dramaturgo Fr. Schiller, cuyo pensamiento estético es cada vez más valorado y estudiado. En el citado artículo se plantea el tema del *reconocimiento* del otro en la concepción schilleriana, y cómo deriva muy directamente de los presupuestos de su idea de *estado estético* desarrollado en las *Cartas sobre la educación estética del hombre*. Muchas veces se admite la fecundidad de la dimensión estética para replantear nuestra idea de percepción o de contemplación, esto es, apelando al campo más puramente especulativo o reflexivo interior, como simboliza acaso el inmortal cuadro de Caspar David Friedrich que ilustra esta editorial. Además de la originalidad y capacidad alternativa de la concepción schilleriana del reconocimiento, este artículo aporta el sugerente tema de asumir la reflexión estética no sólo como un potencial desafío para revisar nuestra idea del conocimiento de sentido

interior, sino nuestra noción de relación intersubjetiva y de la relación con los otros. No se trata ya sólo de plantear cómo miro al mundo, sino cómo miramos y nos miramos en reciprocidad y comunidad, en reconocimiento y alteridad en el horizonte de nuestra existencia, acaso como también otros cuadros del mismo C. D. Friedrich ilustran al situar en la escena varias personas que contemplan un mismo paisaje.

El conjunto de artículos presentados en este número da buena prueba de que el desarrollo del pensamiento estético en la modernidad no sólo enriqueció nuestra capacidad de profundización filosófica y crítica en el terreno del arte, sino que se descubrió en ello una posibilidad y alternativa ante la crisis de sentido. El diálogo en torno al nihilismo y el pesimismo que acontece entre la obra de Schopenhauer y el joven Nietzsche, abordado y expuesto con detalle en el tercer artículo, nos recuerda esa implicación existencial de lo estético y diseña un modo de vida sin duda sugerente, pero también desafiante, al hilo de la reflexión nietzscheana: responder desde la creación ante la nada de la existencia.

Pero si hubo una suerte de asunción o apropiación filosófica del potencial del arte, en pensadores como Nietzsche, o el mismo Heidegger, de quien aquí se ofrece un estudio crítico de un importante tema de *Ser y Tiempo*, previo a lo que será luego el diálogo de Heidegger con los poetas y con el arte, no hay que olvidar que fueron muchas veces los mismos poetas y artistas los que, acaso cumpliendo uno de los designios hegelianos sobre el arte en la época de la reflexión, hicieron de su oficio poético un verdadero pensamiento estético. Este es el caso de Paul Valéry, de quien se expone en el tercer artículo una interesante visión de su poética como una teoría de la acción poética, y suministrando una buena plataforma para revisar la creación como acción y la contemplación como creación. El oficio del poeta, sin dejar de serlo, posee así implicaciones intencionales mucho más complejas y ricas de lo que en principio podríamos suponer; y no sin una dosis de crítica de la filosofía y del mismo lenguaje filosófico, como es el caso de Valéry y que de otro lado tanto ha influido en el pensamiento estético contemporáneo.

En la sección de estudios se presentan también una serie de trabajos relacionados con la dimensión estética. En dos de ellos se pone de manifiesto como ya no la estética o el arte en un sentido general, sino obras clásicas muy concretas han sido fuente inagotable de reflexión filosófica: es el caso de la *Antígona* de Sófocles, de la mano del espléndido análisis de George Steiner en su obra *Antígonas* (1984), y que le sirve al autor del primer estudio para indagar las claves de la *poética filosófica* de este importante crítico literario. El segundo de los estudios se dedica al potencial filosófico del clásico más indudable de la literatura española: el *Quijote*; ofreciendo una revisión de la interpretación del texto en clave filosófica, que pondrá en relación la obra de Cervantes con aspectos fundamentales de la subjetividad moderna, en sintonía sobre todo con la incisiva lectura del romántico Fr. Schlegel, y en diálogo crítico con lecturas clásicas como las de Hegel u Ortega. El último estudio acaba también revisando un clásico, pero esta vez de la filosofía, como es Platón, con una original lectura de un tema del *Sofista*: el tema de la imagen y su crítica, y cómo tanto los sofistas como Platón recurrían a la imagen, aportando desde el texto platónico una diferenciación precisa entre lo aparente y lo semejante. Este tema nos remite acaso a uno de los puntos de origen del filosofar en su medirse con la enseñanza de los poetas y de las imágenes del arte. Hoy, después de más de veinte siglos de filosofía, seguimos aprendiendo o siendo seducidos por las imágenes y por los

poetas; si bien acaso la verdadera seducción debe contener crítica y reflexión de primer orden. La misma Martha Nussbaum, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales de este año y de quien incluimos una revisión de su bibliografía en español, no deja de recordar lo mucho que podemos aprender de las narraciones y las imágenes que aporta la tradición clásica, no sólo por clásica, diremos, sino por su carácter icónico y por la fuerza y potencial reflexivo que implica toda manifestación estética del género humano. Cabe desoír ese desafío, o cabe asomarse a él, como la actitud filosófica radical no deja de hacer desde que nació.

RICARDO PINILLA
Director de PENSAMIENTO